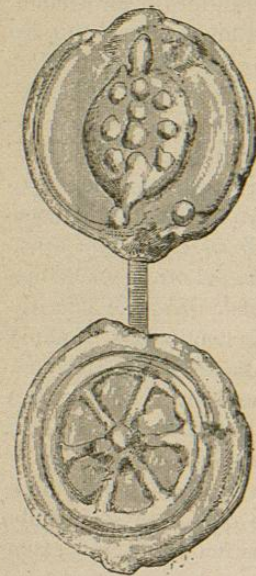


monte Albano ó en Lavinio, santuario de los misteriosos penates y de los dioses indigetas.

Con esto, el pueblo de que Roma ha de salir no era sino una mezcla de tribus y razas diferentes. Generalmente las razas en vez de mezclarse se repelen ó se sobreponen, la una dominante, la otra esclava; entre los oscos y sabelienses al contrario, hay fusión entre los vencedores y vencidos. Las tradiciones griegas, siempre tan inteligentes, han sido eco fiel de este origen del pueblo latino, y por casamientos, por uniones pacíficas se establecen Evandro, Eneas, Tibur y los compañeros de Ulises, como más tarde unirán también estos enlaces á Roma y la Sabina. Por sus tradiciones locales, como por su propio origen, estaba Roma preparada á este espíritu de fácil asociación que le da un carácter particular en la antigüedad y fué la causa de su grandeza.



Medalla atribuida á los rútu-
los (2)

En el siglo VIII declinaba ya la prosperidad de los latinos: los etruscos habían atravesado su país, pasado el Anio los sabinos, é invadido la llanura y tomado muchas ciudades latinas los ecuos y los volscos (1). La misma Alba, en la tradición, parece bastante flaca para que un puñado de hombres haga allí una revolución. Esta flaqueza debía favorecer los comienzos de la Ciudad Eterna.

Vínculos de parentesco y de alianza unían á los *prisci Latini* y á los rútuulos, cuya capital, Ardea (3), estaba ya enriquecida por el comercio y ceñida de altas murallas. Sagunto en España se decía colonia suya. Al rededor de aquel Lacio primitivo, que no excedía del Numicio y sustentaba una robusta población de labradores (4), se habían establecido los ecuos, los hérnicos, los volscos y los auruncos, comprendidos todos ellos por los romanos bajo la denominación general de pueblos latinos; más lejos, entre el Liris y el Silaro, los ausonios.

Los ecuos, pueblecillo de pastores y cazadores, muy rapaces de suyo (5), sólo tenían por ciudades, caseríos fortificados en alturas inaccesibles; y acantonados en el agrio país que atraviesa al alto Anio, bajaban siguiendo las montañas hasta el Algido, promontorio volcánico desde donde se descubre el campo romano y cuyos bosques cubrían su marca. Desde allí, caían de improviso sobre la llanura y arrebatában mieses y ganados, desapareciendo antes de que se armaran sus contrarios. Fieles, sin embargo, á la palabra empeñada, habían establecido el derecho feccial,

(1) En los primeros siglos de Roma se dieron alternativamente ciudades latinas á los ecuos, á los sabinos, á los latinos y á los volscos.

(2) En el anverso una tortuga con dos oo, marca del sextante; y en el reverso una rueda, *rota*, raíz de la palabra *Rutuli*.

(3) *Ardeam Rutuli habebant, gens ut in ea regione atque in ea etate divitiis præpollens.* (Tit. Liv. I, 57).

... *Et nunc magnum manet Ardea nomen;*

Sed fortuna fuit. (Virg. *Æn.* VII, 412).

Dionisio (*Ant. Rom.* IV, 64) es aún más expresivo.

(4) *Fortissimi viri et milites strenuissimi ex agricolis gignuntur.* (Plinio, *Hist. nat.* XVIII, 5).

(5) *Convectare juvat prædas et vivere rapto.* (Virg. *Æn.* VII, 749).

(6) *Saxosis in montibus* (Serv. in *Æn.* VII, 634). Los tiene por sabinos.

que de ellos tomaron los romanos, pero que al parecer no conocían ya en la época en que se les ve casi anualmente distraer al pueblo, con sus rápidas incursiones, de las tiendas del foro. A pesar de su proximidad á Roma y dos siglos y medio de guerras, fueron los últimos de los italianos en deponer las armas.

Menos belicosos ó rapaces porque su territorio era más rico, á pesar de las rocas que lo cubrían (6), los hérnicos formaban una confederación cuyos miembros principales eran las ciudades de Ferentino, Alatrio y Anagnia (7). Las imperecederas murallas de las dos primeras ciudades, los libros linteos, en que Anagnia consignaba su historia, su fama de rica y floreciente, los templos que Marco Aurelio encontraba allí á cada paso y el circo en que se reunían los diputados de toda la liga, dan testimonio de su cultura, de su espíritu religioso y de su antiguo poderío (8). Situados entre dos pueblos de condición belicosa, los hérnicos mostraron índole pacífica y se asociaron muy pronto á la fortuna de los latinos y de Roma contra los ecuos y los volscos.

Más numerosos los volscos, habitaban desde el país de los rútuulos hasta las montañas que separan los altos valles del Liris y del Sagro. Los etruscos, dueños algún tiempo de una parte de su país, habían ejecutado en él, como en los valles del Arno, de Chiana y del Po, grandes trabajos de desagüe y saneamiento y adquirido para la agricultura terrenos que rendían de 30 á 40 por uno. Estos pantanos, famosos con el nombre de Pontinos, no habían sido al principio sino una vasta laguna, separada, como la de Venecia, de la alta mar por largas islas, que formaron luego las costas de Astura á Circeo. Terminaban en su extremo meridional por la isla de Aea, unida más tarde al continente con la denominación de promontorio de Circeo. Los supersticiosos terrores que pueblan siempre de seres extraños é imponentes los bosques profundos y las rocas azotadas por las olas, ponían en este promontorio la mansión de Circe, la maga terrible; como en las tradiciones célticas, las nueve vírgenes de la isla de Sein mandaban á los elementos en los procelosos mares de la Armórica. Esta leyenda, que parece indígena al rededor de la montaña, ¿no pudiera ser una antigua creencia desfigurada? Circe, que los griegos refirieron á la nefasta familia del rey de Colquide, pero que se suponía hija del Sol, sin duda porque á la mañana, cuando la llanura está aun en las sombras, se ilumina su montaña con los primeros rayos del naciente sol; Circe que trueca las formas y compone mágicos brebajes con las hierbas (9) de que está aun cubierto su promontorio (10) ¿no pudiera ser alguna divinidad pelásgica, una diosa de la medicina, como el Esculapio griego, hijo del Sol también, la cual exhonorada con su pueblo, no hubiera sido ya para los recién venidos sino una maga terrible?

Con la isla de Poncia y la extensión de costas que poseían; con los puertos de Ancio, de Astura y el de Terracina, que no tiene menos de 12,000 metros de perímetro; con

(7) *Dives Anagnia* (Virg. *Æn.* VII, 684). Estrabón la llama ilustre (*πόλις ἄξιολογος*).

(8) Ferentino, en la vía latina, entre Anagnia y Frusino. Alatrio, ciudad del mismo pueblo, á 7 millas de la anterior.

(9) *La crepis lacera* abunda allí (Mic. I, 273); Estrabón (V, III, 6) sabía también que las hierbas venenosas crecían allí en abundancia. (Virg. *Æn.* V, 10). El recuerdo de la terrible maga se conserva aun allí, y en otro tiempo no se habría encontrado un campesino que se atreviera á ir por oro ni plata á la gruta de Circe. (De Bonstetten, *Voyage sur le théâtre de six derniers livres de l'Eneide* p. 73.)

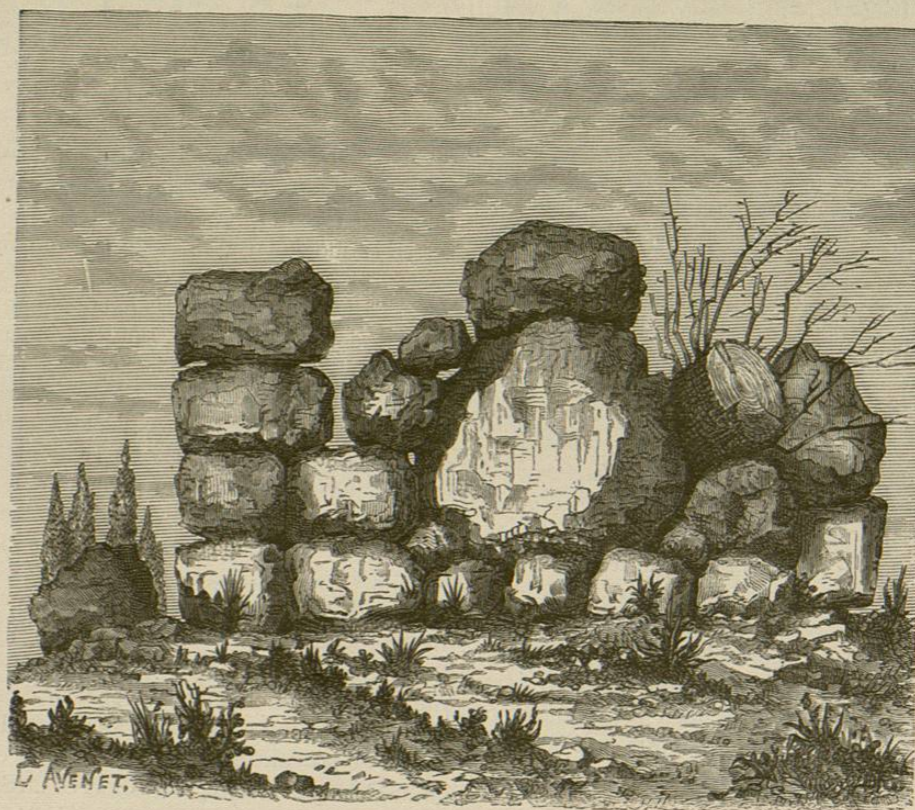
(10) Plinio (*Hist. nat.* II, 85 (87); III, 11 (9)) creía, como el mismo aspecto de los lugares lo demuestra, que este promontorio había sido en otro tiempo una isla en que se ha querido reconocer la isla problemática de Aea de Homero (*Odyss.* X, 135).

las lecciones ó ejemplos de los etruscos, los volscos del litoral no podían dejar de ser hábiles marinos; á lo menos vinieron á ser temibles piratas. Todo el Tirreno hasta el faro de Mesina, estaba infestado de ellos, y los daños que causaron al comercio tarentino, por poco no arrastran una guerra entre los romanos y Alejandro el Moloso, rey de Epiro. Sin embargo, Roma había conquistado ya á Ancio y destruido su marina.

Los volscos del interior no fueron menos temibles en las llanuras del Lacio ó de la Campania y tras doscientos años de guerra (1), no pudo Roma recobrar la paz sino exterminándolos. En tiempo de Plinio (2) habían desaparecido ya

treinta y tres ciudades en el Pontino, que en el siglo de Augusto no era ya sino una soledad mortífera.

Detrás de los volscos hasta el Liris, en un país donde las montañas no dejan más que dos angostas sendas para ir del Lacio á la Campania, habitaban los auruncos. Herederos del nombre de la gran raza italiana, parecían haber conservado su alta estatura, su aspecto imponente y audaz. Por eso se suponían establecidos á su lado en Formia los gigantes Lestrigones. Pero desde los siglos históricos, este pueblo hubo de permanecer oscurecido. Tito Livio no habla de ellos sino para referir la implacable guerra que les hizo Roma en 314 y la destrucción de tres de sus ciudades.



Muro de la ciudad de Aurunca (3)

Allende el Liris, comenzaba para los romanos la Campania, muelle y enervante país donde las dominaciones no han durado más que algunas vidas de hombres, y la misma tierra, en sus continuas revoluciones, parece que tiene la fragilidad de las cosas humanas. El Lucrino, tan celebrado en otro tiempo, ha venido á ser un fangoso pantano, y el Averno, la boca del Infierno, se ha transformado en un límpido lago. En Caserta se ha encontrado un sepulcro á noventa pies debajo de tierra; y los rastros de lava que llevan á Pompeya y Herculano ocultan una capa de tierra vegetal y vestigios de antiguos cultivos. «Allí, dice Plinio, en aquella tierra de Ceres y de Baco, donde florecen al año dos primaveras, los oscos, los griegos, los úmberos, los etruscos y los campanienses compitieron en sensualidad y molice;» y Estrabón, admirado de que tantos pueblos hayan sido á su vez dominadores y esclavos, acusaba de ello á la dulzura del cielo y á la fertilidad de aquella tierra, de que vinieron, según Cicerón, todos los vicios (4).

(1) Tito Livio, VI, 21. *Volscos, velut sorte quadam prope in æternum exercendo Romano militi datos.*

(2) Plinio, *Hist. nat.* III, 9. *A Circæis palus Pomptina est quem locum XXXIII urbium fuisse Mucianus ter consul prodidit.* En todo el antiguo Lacio habla de 55 ciudades arruinadas.

(3) Sacada de los *Anales del Boletín arqueológico*, tomo de 1839.

(4) Plinio, *Hist. nat.* III, 9: *...summum Liberi Patris cum Cerere certamen.* Floro, I 16; Strab. V, IV, 9; Cicer. *De Lege agrar.* I, 6, 7.

cretilo llegaron hasta el Tíber. Al N. rechazaron á los umbrios Nera allende; al S. ocuparon parte de la orilla izquierda del Anio, y en el siglo XVIII, constituían el pueblo más pujante de la península, después de los etruscos.

Pastores y labradores, como todos los sabelienses, vivían dispersos en villajos, y á pesar de su numerosa población que metían en labor y cultivo y aun habitaban hasta las más ásperas montañas, no tuvieron más ciudades que Amiterno y Reate: Ceres, el lugar de reunión de todo el pueblo, no era más que un poblachón. Venían á ser los suizos de Italia; costumbres severas y religiosas, templanza, valor, probidad, tenían las virtudes sin fausto pero duraderas del hombre de las montañas, y á los ojos de Italia, permanecieron como una viva imagen de los antiguos tiempos (1). La historia, que reconoce en ellos uno de los principales elementos de la población romana, no vacilará en atribuirles la vida frugal y laboriosa, la gravedad austera, el respeto á los dioses, la fuerte constitución de la familia, que había en Roma en los primeros siglos y se conservaron en ella mucho tiempo (2). Semejábanse también á los primeros romanos en su desdén á la cultura del espíritu: no se ha encontrado en todo su país una sola inscripción sabiná.

Cuando en sus áridas montañas era inminente el hambre ó la guerra malhadada, consagrábase á los dioses en *sagrada primavera*, todo lo que nacía en marzo y abril: hasta los niños se ofrecían en este sacrificio. Más tarde se suavizaron los dioses y sólo se les inmolaba el ganado; los niños nacidos en tan triste primavera, crecían hasta los veinte años, y entonces, con la cabeza velada, eran conducidos, fuera del territorio, como aquellas hordas escandinavas que en época fija expulsaba del país bárbara ley para prevenir el hambre. Con frecuencia los dioses mismos protegían á las jóvenes colonias (*sacra acies vel Mamertini*) y les enviaban guías divinos. Así, fueron conducidos por animales consagrados á Marte, los picenios por un picoverde (*picus*), los hirpinos por un lobo (*hirpus*) y los samnitas por un toro bravo (3).

«De los sabinos, dice Plinio, descienden los picenios por primavera sagrada.» Pero ocuparon esta costa muchas razas diferentes mezclándose y confundiéndose para que saliera de



Medalla de Teati, capital de los marrucinos (4)

ellas un pueblo original. En sus fértiles valles, los picenios hubieron de quedar fuera de todas las guerras italianas y allí se multiplicaron grandemente. Plinio supone que cuando se sometieron en 268 fué en número de 360,000. Entre ellos

(1) ...*Severissimum hominum, Sabinorum* (Cic. in Vat. 15); pro Lig. 11. *Disciplina tetrica ac tristi veterum Sabinorum* (Tit. Liv. I, 18).

(2) Virg. *Georg.* II, 512; Serv. in *Æn.* VIII, 638. *Sabinorum mores populum Romanum secutum Cato dicit.*

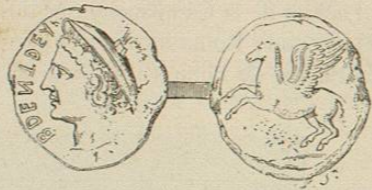
(3) Fest. s. v. *Ver sacrum*; Plin. *Hist. nat.* III, 18. Los romanos hicieron, durante la segunda guerra púnica, un voto semejante, excepto la proscricción de los niños (Tit. Liv. XXII, 9). Las tradiciones sabinas decían también que Semo Sanco, llamado también dios Fidio, el divino autor de la raza sabeliana, substituyó los sacrificios humanos con ritos puros de sangre (Dion. *Ant. Rom.* I, 38).

(4) En el anverso, cabeza de Pallas, con cinco 00000 encima, marca del quincunio; en el reverso, esta misma marca, una media luna, un mochuelo y la palabra *Tiati*.

(5) Plin. *Hist. nat.* III, 17. *Regio gentium vel fortissimarum Italia.*

se contaban los pretucianos, que formaban un pueblo distinto, establecido en el alto país. Por una singular casualidad, son aquellos pobres montañeses, apenas conocidos de los historiadores de Roma, los que dieron su nombre al centro de la península, los Abruzzos.

La vasta provincia ordinariamente designada con el nombre de Samnio (5), que comprende todas las montañas al S. de la Sabina y el Piceno hasta la Magna Grecia, estaba



Medalla de los frentanos (6)

dividida entre dos confederaciones formadas por los pueblos más bravos de Italia, según fama. Al N. la de los vestinos y marrucinos, en el litoral; de los pelignios y marsos en la montaña; al S. la de los frentanos, caraceniños, pentrienses, hirpinos y caudiniños.

En la primera liga los más famosos por su bravura eran los marsos y los pelignios. ¿Quién triunfaría de los marsos ó sin los marsos (7)? se decía. Según el arúspice etrusco, no había adivinos más célebres para explicar los signos, sobre todo, el vuelo de los pájaros, que los marsos. Encuéntrense entre ellos los silos ó *psylles* de Egipto y los médico-hechiceros de los indígenas del nuevo mundo, que curaban con simples cogidos en sus montañas y con sus cantos mágicos, *nenie* (8). Una familia que nunca se mezclaba con las otras tenía la virtud ó gracia de conjurar las víboras, de que tanto abundaba el país de los marsos, y de hacer inofensivas sus mordeduras (9). En tiempo de Eliogáballo, la reputación de los hechiceros marsos duraba todavía. Hoy aun los titiriteros que van de Roma á Nápoles á espantar al pueblo con las serpientes, despojadas ya de sus dientes venenosos, parten de las cercanías de lo que era en otro tiempo el lago de Celano (*Fucinus*) (10). Ahora es un Santo Domingo de Cullino quien da esa virtud; tres mil años ha, era una diosa tenida en gran veneración en los mismos lugares, la maga Angitia, hermana de Circe, ó acaso la misma Medea, de la siniestra familia de Aetes. Los nombres cambian, pero la superstición queda, cuando permanece el hombre bajo la influencia de los mismos lugares y en la ignorancia misma.

El país de los marsos y de los pelignios, situado en el corazón del Apenino, era el más frío de la península (11). Así en tiempo de estío, abandonaban los ganados las ardientes llanuras de la Apulia y pasaban entonces como ahora á pacer á los frescos valles de los pelignios, que recogían excelente cera y muy buen lino. Su plaza fuerte de Corfinio fué elegida, durante la guerra social, para que fuera, con el

(6) Cabeza de Mercurio con la palabra *Frentren* en caracteres oscos. En el reverso, Pegaso volando.

(7) Apiano, *Bellum civile*, I, 46. Genus acre virum (Virg. *Georg.* II, 167. *Fortissimum civorum, Marsorum et Pelignorum.* (Cic. in Vat. 15).

(8) Horac. *Epodon*, XVII, 29.

(9) *Spargere qui somnos cantuque manuque solebat Mulcebatque iras et morsus arte levabat.* (Virg. *Æn.* VII, 754).

(10) El lago Fucino, cuya superficie era de 15,000 hectáreas, con una profundidad de 18 metros, fué desecado por el príncipe Torlonia en 1875.

(11) Los antiguos decían proverbialmente: *Paligna frigora y Marsic nives*; hoy se dice *freddo d'Abruzzo*.

significativo nombre de *Itálica*, la capital de los italianos sublevados contra Roma.

La otra gran liga sabeliana constituía el pueblo samnita, que tuvo más brillantes destinos, grandes riquezas, un nombre temible hasta en Sicilia y en Grecia; pero que pagó toda esta gloria con tremendos desastres. Conducidos, según sus leyendas, de la Sabina á las montañas de Benevento por el toro bravo, cuyo signo se encuentra en las medallas de la guerra social, los samnitas se mezclaron con las tribus ausonias que quedaron en los Apeninos y se extendieron de colina en colina hasta la Pulla. Mientras los caudinos y los hirpinos se establecían á la falda del monte Taburno, cuyo pie tocaba á un valle que hicieron ellos famoso con el nombre de *Horcas Caudinas*, los frentanos se asentaban hacia la mar superior y tropas irregulares iban á formar allende el Silaro el pueblo de los lucanios, que muy presto se separaron de la liga. Esta quedó compuesta de cuatro pueblos (*Caraceni, Pentri, Hirpini y Caudini*), á los cuales pertenece más particularmente el glorioso nombre de samnitas.

Su país, rodeado por el Sangro, el Volturno y el Calore, está cubierto de montañas abruptas, que conserven la nieve hasta mayo, elevándose una de sus cimas, el Mileto, á más



Medalla samnita (1)

de 2,000 metros. Con esto, encontraban los ganados en estos altos valles, durante los rigores del verano, frescos pastos y aguas abundantes: era la riqueza del país. Sus productos, vendidos en las ciudades griegas asentadas á lo largo de la costa, las soldadas militares que recibían á título de auxiliares, y sobre todo, el botín que recogían en sus excursiones á la Magna Grecia, acumularon en manos de estos pastores belicosos grandes riquezas.

En tiempo de la guerra contra Roma, era tal la abundancia de bronce en el Samnio, que el joven Papirio se llevó más de dos millones de libras, y su colega Carvilio, sólo de las armaduras tomadas á los peones samnitas, hizo fundir el coloso de Júpiter, que erigió en el Capitolio y podía descubrirse desde lo alto del monte Albano.

Como todos los pueblos guerreros, los samnitas poseían su lujo en las armas; vivos colores lucían en sus vestuarios de guerra y el oro y la plata en sus escudos. Equipándose á sus expensas los soldados de las primeras clases, querían probar su bizzaría con el esplendor de sus armas. Así pues la riqueza del ejército no prueba la del pueblo.

Calculando por los números suministrados por los historiadores romanos, se ha evaluado en dos millones de hombres la población del Samnio (2). La cifra está exagerada con toda evidencia, como las bases en que se apoya. Si los

(1) Cabeza de Marte con casco por el anverso con las palabras *MVTII. EMBRADVR* en caracteres oscos; y al reverso dos caudillos jurando sobre un puerco que tiene un soldado de rodillas y la leyenda *C. PAAPI*, por *Papius* en caracteres oscos. Un *C. Papius Mutillo* fué *embradur* de los samnitas en la guerra social, 90-89 ant. J. C.

(2) Micali, *Storia*, etc. I, 287.
(3) Sabido es que los tributos impuestos sobre el ganado, que en el verano pasaba de las llanuras á las montañas, y el invierno volvía á las llanuras, era la renta principal de Nápoles, cerca de dos millones en los últimos tiempos. Los reyes de Aragón obligaron á los propieta-

rios de la corona en Apulia, á dejar pacer á los ganados de los Abruzzos en sus tierras durante el invierno. En nuestros días aun los propietarios de la Pulla debían dejar para prados las dos terceras partes de sus campos.

(4) Tito Livio y por su testimonio todos los historiadores de Roma hubieron de exagerar la despoblación del Samnio, puesto que, según el censo conservado por Polibio, este país podía dar 77,000 hombres de guerra, después de la primera guerra púnica.

(5) En el anverso una cabeza de mujer; en el reverso, la ninfa *Ligea* sentada.

Si los trece pueblos sabelianos hubieran estado unidos, Italia les hubiera pertenecido. Pero los lucanios eran enemigos de los samnitas, los samnitas de los marsos, los marsos de los sabinos, y los picenios permanecían extraños á todas las querellas de los montañeses.

Sin embargo, Roma, que representaba, como no lo hizo antes que ella ningún estado de la antigüedad, el principio contrario de la unidad política, no pudo triunfar sino después de los más dolorosos esfuerzos, y exterminando á pueblo tan indómito (4), todavía tuvo que acometer dos veces su obra de destrucción. La guerra del Samnio y la segunda púnica habían causado ya muchas ruinas y hecho muchas soledades; pero cuando las venganzas de Sila hubieron pasado por aquella tierra desolada, pudo decir muy bien Floro: «En el mismo Samnio se buscaría en vano á Samnio.» Su ruina fué tan completa, que apenas nos quedan algunos monumentos de este pueblo, y más de veinte ciudades desaparecieron sin dejar vestigios de sí mismas.

Al S. E. Tarento y las grandes ciudades de la Apulia detuvieron á los samnitas; pero al O. los etruscos de la Campania no supieron defender contra ellos su rico territorio. Fatigados por sus continuas excursiones, creyeron poder comprar la paz compartiendo con los samnitas sus campos y hasta su ciudad. Pero una noche fueron sorprendidos y pasados á cuchillo (423); Volturno tomó el nombre



Medalla de Terina (5)

de Capua y el de campanienses designó á los nuevos señores del país. Cumas, la gran ciudad griega, fué luego entrada á saco, y una colonia campaniense reemplazó una

rios de la corona en Apulia, á dejar pacer á los ganados de los Abruzzos en sus tierras durante el invierno. En nuestros días aun los propietarios de la Pulla debían dejar para prados las dos terceras partes de sus campos.

(4) Tito Livio y por su testimonio todos los historiadores de Roma hubieron de exagerar la despoblación del Samnio, puesto que, según el censo conservado por Polibio, este país podía dar 77,000 hombres de guerra, después de la primera guerra púnica.

(5) En el anverso una cabeza de mujer; en el reverso, la ninfa *Ligea* sentada.